

2008

¿A dónde iría, si pudiera irme?

Carlos Yushimito del Valle

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

del Valle, Carlos Yushimito (Primavera-Otoño 2008) "¿A dónde iría, si pudiera irme?," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 21.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/21>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

¿A DÓNDE IRÍA, SI PUDIERA IRME?

Carlos Yushimito del Valle
Villanova University

A la luz de la heterogeneidad que caracteriza a su narrativa última, resultaría arriesgado afirmar, con énfasis semejante al de hace un par de décadas, que el realismo continúa siendo el rasgo medular de la tradición literaria peruana. Un breve repaso a la obra de escritores aparecidos con el nuevo milenio permitiría observar no sólo la relativización de categorías tan enfáticas como polarizadas históricamente en el proceso literario local, sino también intentos por imbricar proyectos, muchas veces disímiles, en la construcción de poéticas propias. La obra del autor peruano Ezio Neyra Magnaga (Lima, 1980) puede considerarse una clara muestra de este último polimorfismo. Con dos novelas publicadas, su apuesta narrativa incluye un amplio registro en el que fluyen de manera natural, cuanto menos, la literatura del absurdo, el existencialismo, el realismo interiorista, el policiaco y la novela de aprendizaje.

Habrá que hacer algo mientras tanto fue publicada por primera vez en Lima, el año 2005, y reeditada dos años más tarde en Santiago de Chile. Dividida en cuatro secciones, narra la historia de Alto, Mediano y Gordo, quienes, rechazados durante un sorteo de visas, deciden reunirse alrededor de una empresa tan desesperada como delirante, que tiene por única finalidad escapar. Tras la penosa construcción de la embarcación, el relato de sus infortunios durante el trayecto debe superar, sin embargo, un peculiar escollo, que determinará tanto la lógica de la historia como la lectura del texto mismo: el hecho de que la ciudad imaginada no tenga mar o vías fluviales.

Llamará la atención del lector la falta de referencias concretas. No estamos propiamente frente a sujetos sino a biotipos (una mezcla tan abigarrada que podría rastrearse en la tipología de Kretschmer o los fantasmas de Paul Auster). Me atrevería a señalar que Alto, Mediano y Gordo parecen aludir, más allá de códigos metatextuales, a una estandarización de los seres humanos, y, al mismo tiempo, a una posible lectura acerca de la selección somática que la cultura de consumo —que los somete— realiza sobre los estereotipos de la imagen. Desde la despersonalización como recurso enunciativo, esta lógica de lo innominado-alegórico, parece dialogar con el contexto de la posmodernidad a partir de sus primeras páginas. Por ello no sorprende que el capítulo inicial nos muestre, no a individuos, sino a una sola voz polifónica, coral (“eran tres, pero también éramos uno”), que encaja en aquello que Beatriz Sarlo denominaba “un *collage* de partes” para referirse a los sujetos posmodernos.

En un libro de lenguaje directo y austero, la aglomeración de acciones y adjetivos en el primer capítulo tiene una función específica: manifiesta la hipersensibilidad del individuo frente a los estímulos del mundo exterior, trazando así una cartografía emocional como punto de partida para la evasión inmediata. Trabajo, consumo, autoridad. Finalmente inscritos en todas las ceremonias del capitalismo tardío en que están llamados a ejercer sus roles, estos personajes en evidente malestar frente a la cultura que los entrapa y hasta se plantean por separado el exilio como única vía posible de escape. Un viaje no tanto real como simbólico; evasivo antes que migratorio, que, en último caso, plantea el escape como una mirada distinta al mundo: es decir, como un exilio propiamente subjetivo.

En tal sentido, la alegoría del viaje no podía ser más precisa. Porque *Habrà que hacer algo mientras*, desde su actualización de reclamos existencialistas de mediados del siglo XX parece tener como intención formular igualmente una crítica al descalabro de la promesa del progreso de la modernidad, y es, a su manera, el documento de un tiempo en plena transformación de sensibilidades. Ya no es ciertamente el miedo a la producción serial, a la deshumanización del hombre, lo que genera desasosiego en esta nueva subjetividad; pero sus resabios parecen reflotar viejos miedos, a la manera de lo *sinistro* freudiano: es una obsesión con la posición que tiene en el mundo un individuo soñado como retazos de imágenes, a quien define lo que la cultura quiere que sea; un sujeto deslocado que vaga (navega) sin encontrar su centro. La lógica posmoderna tras la alegoría del viaje parece indicarle al sujeto únicamente la fantasmagoría de su posición en el mundo: le dice lo que no es (después de todo, es apenas un molde biotípico), el lugar donde no está; pero no traza para él una identidad ni lo define ni le dice cual es su destino (su travesía). Son seres echados en una balsa loca, como en el absurdo alegórico de la individualidad quebrada

de Sebastian Brandt, en pleno deambular sin sentido hacia una narragonia posmoderna.

En tal sentido, la demolición de la razón positivista se agudiza en los dos capítulos siguientes: el encuentro de los personajes, y, especialmente, durante la construcción de la embarcación. Es irrelevante que Alto no sea un ingeniero y que en la aparatosa construcción de la nave el artefacto parezca a ratos “un patíbulo o una cabaña”; frente a la lógica agotada del tardocapitalismo el único escape parece ser, después de todo, el absurdo. Por eso esta aventura está sometida a una deslegitimación constante, en la que el papel de los ideales y los proyectos colectivos no recibe más que una mirada de escepticismo.

Progresivamente, la voz del narrador desaparece cediendo el relato de la acción a los propios personajes, en una puesta en escena esencialmente teatral. La elección de esta estrategia discursiva lo hace dialogar con un mundo performativo, víctima de una dinámica que lo transfigura en permanente espectáculo. Si la primera parte polifónica expresa la saturación del mundo colectivo, una vez en esta simbólica travesía, el repliegue individual se desarrolla en concordancia con la austeridad formal, una reducción significativa de la acción dramática, ligado todo ello al tedio y a la monotonía existencial. El lector ocupa así la mirada del espectador que se deleita en las minucias y miserias de los viajeros, al modo de la propuesta de Peter Weir en *The Truman Show*. La convivencia de los sujetos al interior del barco es únicamente formal, poco práctica, y sus diálogos inútiles intentos por eliminar el evidente aislamiento, el absurdo, la incomunicación que subyace, sólidamente, en el fondo de sus relaciones. Entre intentos de suicidio (“¿qué es la muerte, sino otro viaje?”, nos recordó alguna vez Borges) y agresiones en constante aumento, los protagonistas nos muestran la conclusión más turbia de la sensibilidad existencialista: son, como percibía Heidegger, nada más que seres arrojados a la muerte, y en su errancia final, solo es posible entrever el fracaso más oscuro no ya del individuo sino de su devenir colectivo.

En cualquier caso, la anécdota principal del libro parece recuperar, desde lo no dicho en el título, uno de los cuestionamientos esenciales que Samuel Beckett nos dejara en su *Textos para nada*: “Où irais-je, si je pouvais aller?”. Los personajes de Neyra no optan por la inmovilidad; por el contrario, se inclinan por la acción; pero esto no los hace menos clausurados, ridículos y solitarios que los resignados seres del Nobel irlandés. Si Estragón afirma: “Mientras se espera, nada ocurre” de pie, junto al árbol al que nunca llegará Godot, el sinsentido de su espera no resulta menos conmovedor que el obsesivo deseo por emprender el viaje que manifiesta la simbólica trinidad de Neyra. Se hace algo mientras tanto, diría la conclusión, pero nada ocurre. Nada cambia. Nada habrá sucedido una vez terminado el viaje.

Resulta interesante notar el correlato de una sensibilidad que reúne algunas de las características del teatro existencialista de la posguerra europea, actualizándola en una secuencia que podría echar luces, desde una mirada no mimética (la narrativa de la violencia política, por ejemplo, desde la novela histórica), a las consecuencias del caos social vivido en Lima durante el tiempo en que los miembros de esta renovación generacional a la que pertenece Neyra desarrolló su peculiar visión de mundo. Pero esta es, apenas, una de las tantas maneras de formalizar este viaje por uno de los más estimulantes relatos de la narrativa peruana reciente.

(Neyra Magagna, Ezio. *Habrá que hacer algo mientras tanto*. Santiago: J.C. Sáez Editor, 2007. 70 pp.)